

## SOBRE EL TIEMPO Y LA CONDICIÓN HUMANA: REFLEXIONES DE UN PEQUEÑO ANTROPÓLOGO

*Por ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ*

Fuera silbaba un viento tan frío que sus silbos traspasaban como agujas de hielo las hojas de los árboles y hacían tiritar sus ramas. Dentro, envueltos en una tibia penumbra, dos ancianos contemplaban ensimismados el chisporroteo de los troncos lamidos por el fuego. De vez en cuando, se le escapaba a uno de ellos una frase que quedaba flotando en el aire, o era subrayada por el otro con una breve apostilla.

“Las cosas ya no son como antes”, musitó el más viejo. Y remachó su compañero: “Los jóvenes ya no son lo que eran. No sé adónde vamos a llegar”.

Una bocanada de aire frío se coló de repente y hasta el fuego pareció temblar. Los dos ancianos volvieron la cabeza hacia la entrada y vieron a un mocetón que se acercó con paso cansado y las manos ensangrentadas.

“Ya hemos terminado, abuelo”, dijo el joven. “Tendremos carne y grasa para muchos días”.

De una estrecha galería salió otro hombre de mediana edad con las manos y el pecho manchados de pintura. “También yo he terminado por hoy”, dijo el hechicero. “Veo que las tres jabalinas que clavé en el bisonte han hecho su efecto”.

\* \* \*

El tiempo crea situaciones que escapan al control humano, como la que me trae hoy aquí (**tiempo** y **espacio**) sin merecerlo

ni esperarlo. Mi elección como miembro de esta Real Academia ocurrió en la primavera de 1984. Por diversas circunstancias, tardé años en leer mi discurso de ingreso. Varios compañeros elegidos entre tanto se adelantaron y marchaban delante de mí en la lista de académicos a quienes corresponde abrir por antigüedad un nuevo curso. ¡Bien me lo tenía yo ganado por mi morosidad! Pero lo más lamentable es que dos de estos compañeros se anticiparon también en el tránsito de este mundo al otro. Alberto Díaz Tejera y Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate nos dejaron intempestivamente, fuera de tiempo, y así hoy me veo ante ustedes cuando no lo esperaba.

Las circunstancias de tiempo han hecho también que mi discurso coincida con un año muy singular por razones varias. La más importante es que el nuevo curso es parte de un año solar en el que se ha cumplido el 250 aniversario de la fundación de la Academia. Es, asimismo, el año en que el Excmo. Ayuntamiento ha honrado a nuestra institución con la Medalla de Oro de la Ciudad. Y ya en el puro terreno personal, me corresponde abrir un curso a pocos días de haber iniciado mi primer año jubilar tras una vida de docencia plena en la Universidad de Sevilla.

Los solemnes actos de la primavera pasada fueron ocasión para que la Academia, por boca de nuestro Director, reiterase su fidelidad a la tradición y se comprometiera con la sociedad a ser sensible a los problemas y retos del presente y del futuro inmediato. Comparto plenamente este doble objetivo y así quiero manifestarlo con este modesto ensayo.

\* \* \*

Don Santiago Ramón y Cajal escribió una obra titulada *El mundo visto a los ochenta años*. No quiero correr riesgos y esperar tanto, por lo que aprovecho las coincidencias para reflexionar sobre el tiempo y la condición humana desde mis setenta años recién cumplidos. Si el gigante Azorín se calificó en sus “confesiones” como “un pequeño filósofo”, con más razón hago yo mis reflexiones desde la posición de un pequeño antropólogo.

\* \* \*

Nunca he compartido la creencia popular de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Estoy más de acuerdo con un pensa-

miento de Quevedo, que leí hace muchos años no recuerdo dónde: “Quien afirma que cualquier tiempo pasado fue mejor está condenando el futuro sin conocerlo”. La humanidad, contra todo principio de consuelo y supervivencia, ha idealizado el tiempo que fue para lamentarse del presente. ¿Dónde estaríamos hoy si las cosas hubieran empeorado de manera constante? Y, sin embargo, nuestros días están llenos de males y amenazas que parecen confirmar más que nunca el dicho popular. La Historia, con su relación de hechos del pasado —y la Antropología como ciencia de la cultura o ciencia del comportamiento del hombre en sociedad—, me servirán de marco para plantear interrogantes y buscar algunas claves.

La antropología estudia de manera directa, o por medio de testimonios arqueológicos e históricos, sociedades de cualquier tiempo; las analiza en su contexto y trata de encontrar por medio de la comparación lo que es universal por ser humano. Desde esta perspectiva, ¿es nuestro tiempo mejor o peor que otros? ¿Cuáles son los problemas más graves que nos acosan? ¿Qué hay de esencialmente nuevo o distinto, y qué es parte de una tradición tan vieja como la propia humanidad? ¿Avanzamos o retrocedemos? ¿O, acaso, nos movemos cíclicamente, repitiendo una y otra vez el pasado, según creían los mayas y otros pueblos antiguos?

\* \* \*

Los grandes males de hoy son evidentes: la droga, el sida, el fanatismo religioso, la violencia, la destrucción del medio ambiente, los movimientos migratorios de quienes huyen de lo malo conocido para caer casi siempre en lo peor. Son problemas que afectan a toda la humanidad. Hay otros males, no menos graves, que no son universales aunque los sufren grandes sectores de la población mundial, a veces países enteros, como ocurre con el hambre y la sed, la falta de educación, la carencia de un trabajo digno... Todos estas lacras se manifiestan de modos diversos, casi siempre en compañía. La violencia puede tener la forma de guerra entre países o etnias, puede obedecer a prejuicios raciales, a fanatismo religioso, o ser algo tan personal como el maltrato a la mujer. La palabra droga ha dejado de ser, como decía el diccionario, “Nombre genérico de ciertos productos naturales que se

emplean en medicina”, significado que todavía conserva en inglés. Hoy es producto que crea adicción y rebaja a la persona a los niveles de máxima degradación. La cocaína es la droga por excelencia, “emblemática”, que dirían los cursis. Por siglos, sin embargo, las hojas de coca que mastican los indios de los Andes han tenido una aplicación ritual, y le sirven al campesino para mitigar el hambre y aumentar la resistencia física ante el trabajo. No buscan estos indios el placer, sino arrancar a cada jornada unas horas más de labor que luego pagan con unos años de vida, o muerte anticipada.

Nuestro tiempo está también marcado por avances tecnológicos que pueden aplicarse para la paz o la guerra, para matar o curar. Pero lo más característico es la velocidad de los cambios. La humanidad tardó cientos de miles de años en alcanzar la Revolución Neolítica (agricultura y domesticación); muy pocos miles de años más en conocer la Revolución Urbana (aparición de las ciudades); y no hace aún tres siglos que se inició la Revolución Industrial. En mi libro de Física de cuarto curso de aquel bachillerato de siete años, había un párrafo dedicado a la bomba atómica, que acababa de caer sobre dos ciudades japonesas. Desde entonces, mi generación ha conocido la era atómica, la era espacial, la revolución de la comunicación electrónica, y la realidad virtual o la virtud de ver lo que no existe. Este proceso de cambio cultural, vertiginosamente acelerado, es una de las claves para la interpretación de nuestro presente y una base para la reflexión.

No son novedad en la historia de la humanidad los males que he mencionado: droga, epidemias, violencia y guerra, destrucción de la naturaleza, movimientos migratorios... Menos novedoso que ninguno de ellos es el “sexo”, palabra breve tras la que se esconde sólo una parte de algo muy complejo. Pero el progreso en las comunicaciones, en el envío y recepción de los mensajes, en el desarrollo de las técnicas publicitarias, han creado combinaciones monstruosas y han dado a estos males dimensión planetaria.

La droga es objeto de un comercio inédito: el narcotráfico, del que viven regiones y países que no renunciarán por las buenas al negocio. Por la droga se mata y se muere, se corrompe la

política y la justicia, se desordenan las fuerzas del orden. Por la droga crece la delincuencia, barrios y ciudades se convierten en espacios de muerte.

Entre la droga y el sexo no hay más que un paso, que se da en una u otra dirección, o en viaje continuo de ida y vuelta. Sexo y sida progresan (es un decir) de la mano. De los monos de Africa, el sida pasó a los seres humanos, pero el mundo desarrollado no se enteró de momento porque todos los infectados eran negros. La promiscuidad y el turismo sexual desde los países ricos han llevado el sida del negro al blanco, del pobre al rico, del adulto insaciable a la criatura que sale a la luz a través de un útero infectado. Sexo y droga están en la base de otro tráfico (la prostitución), que tampoco es nuevo, pero nunca estuvo tan extendido y organizado. La vieja "trata de blancas" abarca hoy, sin distinción de colores, a mulatas, negras y amarillas haciendo cierto, al parecer, que el sexo, como el amor, es ciego. Después de todo, y como una perversión del lenguaje, "hacer el amor" ha venido a significar sólo una y la misma cosa. ¿Quiere esto decir que la madre Teresa de Calcuta no hizo nunca el amor...? Y el círculo vicioso del sexo y de la droga se cierra con otros dos compañeros de viaje hacia la muerte: la emigración forzada y la violencia de las mafias.

Ante este panorama tenebroso es humano agarrarse al dicho de que "Cualquier tiempo pasado fue mejor", y dejarse llevar por una resignación inoperante. Otra forma de reaccionar, no pocas veces bien intencionada, tampoco sirve de mucho pues acude a los efectos y no a las causas. O busca el éxito político inmediato o el acallar la conciencia para no perder el sueño.

\* \* \*

¿Qué dice la antropología de todo esto? Nada que sea un juicio de valor, pues la antropología es ciencia social y no moral. Tampoco soy yo juez de nada ni de nadie, pero la observación del comportamiento humano en el tiempo y en el espacio permite descubrir las notas más universales de la cultura, cuya definición más breve desde la antropología es la de "conducta aprendida". Es decir, todas las formas del comportamiento humano que no se heredan por vía genética sino que se aprenden en el seno

de la sociedad, desde el idioma, que llamamos materno, hasta los valores y creencias pasando por los hábitos o los gustos en el comer, en el vestir, o en el jugar... La antropología no separa, aunque distingue, la dimensión biológica del hombre y su condición de ser creador y transmisor de cultura. Esto hace al hombre diferente y superior a todos los demás animales, cualidad que constituye la mayor de las responsabilidades para un ser que sin prescindir de sus instintos es capaz de someterlos, desviarlos, y hasta sublimarlos si así lo pretende.

La antropología ayuda a desmontar tópicos y prejuicios, a destacar lo que une a todas las sociedades por encima de la diversidad cultural. Esta diversidad es, precisamente, la gran prueba de que la cultura no es producto de los instintos sino de una inteligencia que encuentra soluciones diferentes a unos mismos desafíos.

Distinguir entre biología y cultura, entre instinto y capacidad para optar, enseñar y aprender, permite desmentir sobre bases científicas dos de los más graves y viejos problemas de la humanidad, y causa de otros muchos: el racismo y la guerra. La raza no es más que una variante superficial de la especie, nunca más superficial que cuando se establece por un criterio tan débil como el color de la piel. La raza es un criterio zoológico que en los seres humanos sólo tiene el valor (o la miseria) que le presta cada sociedad. El prejuicio racial es exclusivo de nuestra especie, y como tal prejuicio puede superarse si no lo impiden otros intereses.

La agresividad es parte de nuestra naturaleza, como lo es de nuestros parientes zoológicos más próximos, el chimpancé y el gorila. Compartimos con ellos un cierto dominio instintivo del macho sobre la hembra, pero es exclusivo del ser humano la capacidad de controlar la agresividad e, incluso, de sustituir el dominio instintivo del hombre sobre la mujer por el amor y la cooperación, dos sentimientos que son parte de la cultura y base de la sociabilidad humana. Sin embargo, el hombre ha creado la guerra, que es la forma más organizada de la violencia física, un fenómeno tan antiguo y universal que fácilmente lleva a la equivocada conclusión de que es inevitable porque es parte de nuestra naturaleza. La *humanidad* de la guerra, valga la paradoja, la

demuestra su perfección como institución para matar a los miembros de nuestra propia especie, monstruosidad que no practica ningún otro animal. El ser humano ha logrado tanto poder de destrucción como para exterminar la especie y, de camino, llevarse este mundo por delante. ¿Y por qué no intentar lo contrario? Después de todo, sería más fácil y más barato poner la cultura al servicio de la paz y de las mejores tendencias de la condición humana. El obstáculo está en la ambición de dominio, en la codicia de los que se enriquecen con el tráfico de armas o el control de los recursos de países falsamente descolonizados.

Y a propósito: la civilización es sólo un nivel más complejo de la cultura, manifestado especialmente en la tecnología. Se puede ser "civilizado" y "bárbaro" al mismo tiempo, como las civilizaciones de Oriente y Occidente lo han demostrado en el siglo XX con la violencia y la crueldad de sus guerras, persecuciones y exterminios.

\* \* \*

Hasta aquí, unas reflexiones acerca de males que todos conocemos y en parte sufrimos. ¿Qué más nos puede decir la antropología sobre el tiempo presente? ¿Cuáles son las últimas causas de estas lacras? La primera observación, la más evidente, es que nunca ha sido tan grande la desigualdad entre los seres humanos. Peor todavía, nunca los más desgraciados han sido tan conscientes, por comparación, de lo bien que viven otros. Esto se llama en antropología "privación relativa", de tal modo que aún teniendo más que ayer, uno se siente hoy más pobre y desgraciado. Ya no tiene sentido hablar del Tercer Mundo, pues la gran cuestión no es la confrontación entre dos mundos, con un tercero como talón de fondo y víctima inocente. Superada la guerra fría, no hay más que dos, aunque existen grados dentro de cada uno: el mundo de los que tienen y el mundo de los que no tienen. Y hablo de alimento, salud, educación, libertad, paz, trabajo, ocio... Y, una vez más, de lo contrario: hambre y sed, mortalidad infantil, enfermedades endémicas, analfabetismo, opresión política, guerra y terrorismo, esclavitud, desempleo o trabajo en condiciones inhumanas.

Esta es la trágica realidad de nuestra sociedad planetaria. Hay un mundo de abundancia y bienestar (con quistes punzan-

tes), y un mundo donde se concentran miserias que vemos a diario en el televisor. En este mundo, situado mayormente en el sur de la Tierra, en el trasero del mapamundi, se dan elocuentes coincidencias. De allí vienen la droga, el emigrante desesperado, el hombre y la mujer de color que fastidian y hasta repugnan a muchos, por más que todos condenemos de palabra el racismo. En ese mundo, hasta los niños trabajan como esclavos para mayor beneficio de las multinacionales. Es en gran parte el mundo que el Norte colonizó y que ahora nos invade como un castigo por pecados históricos. El mundo rico, gobernado por la economía, ha logrado que la guerra (patrimonio miserable que siempre fue de toda la humanidad) quede ahora del otro lado, sobre todo en el continente africano. La excepción relativa son algunas regiones intermedias por su geografía y descoyuntadas por la cultura; es decir, por la lengua y la religión. Hablo, claro está, de los Balcanes y del Cercano Oriente.

Los males de ese otro mundo son tantos y tan sangrantes que no encuentro una palabra justa que lo identifique con propiedad. En realidad, es un inframundo según la concepción que muchas culturas han tenido del Universo; un lugar tenebroso que desde nuestra propia cosmología podríamos definir como un infierno en la Tierra. Cualquier política internacional y cualquiera de los muchos programas que pretendan soluciones para el inframundo se enfrentan a algo tan terrible y cierto como la injusticia social. Hay recursos y medios técnicos para superar la desigualdad, pero la técnica puede poco cuando tropieza con lo peor de la condición humana. La codicia, la ambición de poder, la complicidad con los poderosos del inframundo mantienen y agrandan día a día las diferencias entre “ellos” y “nosotros”. En este pozo de intereses siniestros hay complicidades tan escandalosas como las de instituciones bancarias que funcionan en las mismas ciudades que son sedes de organismos internacionales dedicados al socorro o al olimpismo.

\* \* \*

¿Y qué decir de nuestro propio mundo? ¿Qué nos pasa? ¿Por qué nos quejamos si tenemos más que nunca, aunque mal repartido? ¿Por qué tanta frustración, tanta ansiedad, tanto estrés?

¿Por qué la creciente evasión por el camino de la droga? ¿De qué se huye? ¿Por qué se emborrachan los jóvenes en la calle y marcan las esquinas sobre las marcas de orina de los perros? ¿Por qué tanta violencia en la casa, la escuela, la calle? ¿Por qué tanta corrupción en las democracias viejas y en las jóvenes?

Desde hace unos años hay en España libertad de expresión, libertad para el matrimonio civil o religioso, para la separación o el divorcio, para formar y deshacer parejas de hecho. Ya no pesan sobre las relaciones sexuales entre adultos más límites morales que los que acepte libremente cada individuo. Y, sin embargo, ¿por qué el fracaso de tantos matrimonios que un día lo fueron por lo civil o también por lo religioso? ¿Por qué la inestabilidad de tantas parejas de hecho nacidas, hay que suponer, de la libertad y pleno consentimiento? ¿Por qué el maltrato de tantas compañeras sentimentales, con frecuencia hasta quitarles la vida? ¿Por qué tantos abusos y aberraciones sexuales, cuyas víctimas principales son niños y bebés? ¿Por qué son maltratados tantos niños por quienes son o hacen de padres?

Algo está fallando. No entro a calificar en ningún sentido las nuevas libertades, pero su aceptación no impide que nos preguntemos si hay que hacer algo más de lo que se ha hecho hasta ahora. En el ámbito de la familia, por ejemplo, muchos ya no pueden echar la culpa al matrimonio obligatorio, a la unión indisoluble, a la represión sexual, a los hijos no deseados. Y, sin embargo...

\* \* \*

Hay algo en la cultura que constituye su esencia por encima de la diversidad y de los cambios en el tiempo. La cultura es tecnología, economía, política, lengua... Es también, y sobre todo, **sistema de valores**. Es decir, opciones al máximo nivel que ordenadas jerárquicamente guían al individuo y a la sociedad en los momentos cruciales de la vida. Los valores —que pueden tener su base en las creencias religiosas, pero no todos son valores religiosos— nos indican el camino ideal y nos orientan a la hora de las grandes decisiones. El sistema de valores lo configura cada sociedad de manera lenta y sutil, y los cambios apenas los percibe un individuo o una generación. En ocasiones, este sistema se

transforma o derrumba de golpe como consecuencia, por ejemplo, de una revolución violenta o una guerra de conquista. De cualquier modo, una sociedad se identifica en cada lugar y tiempo por su sistema de valores, y no tanto por su desarrollo tecnológico, su lengua, ni siquiera siempre por su religión.

Los valores se enseñan y aprenden como parte del proceso de *enculturación*. En las sociedades elementales, tribales, el aprendizaje se realiza observando y escuchando a los padres, a los adultos. Es un proceso corto dentro de una vida corta. En nuestra sociedad, además, tiene una importancia extraordinaria la educación formal, la que empieza en la escuela y no acaba nunca ante la necesidad de mantenernos al día. Por la vía de la educación formal se puede influir sobre la condición humana en un sentido u otro, a favor de unos valores u otros. Las ikastolas del País Vasco muestran cómo se pueden transmitir a los niños el odio y la violencia que, en su momento, estarán al servicio de una política. Esas mismas escuelas también pueden transmitir valores de tolerancia y de paz. Es cuestión de decisión política.

Colocar en una escala teórica los cinco o diez valores más significativos de una cultura equivale a establecer una jerarquía, y aprovecho para reiterar que mis reflexiones no son juicios sino análisis, y que la antropología distingue entre conducta ideal y conducta real, pues una cosa son los modelos y otra los comportamientos concretos. Pero toda sociedad necesita un sistema de valores para ser y subsistir. La mayor crisis de una sociedad, la muerte de una cultura, no la causa necesariamente la derrota militar o una catástrofe natural, sino el debilitamiento, a veces hasta la pérdida, de su sistema de valores. Quiero decir valores en sentido antropológico, y no meras aspiraciones, deseos o modas. Un ejemplo ilustrará la teoría.

La literatura de nuestro Siglo de Oro, en la medida que era reflejo de la cultura de la época, dejaba muy claro lo que podía ser una caricatura de la realidad, pero realidad al fin y al cabo. Dando por descontada la identificación de aquella sociedad con unas firmes creencias religiosas, el valor más apreciado, el número uno en la escala, era el **honor**. Ante cualquier crisis o disyuntiva, el caballero tenía que conservar el honor por encima de cualquier otro valor, incluida la vida, la hacienda, la felicidad... En

aquella sociedad tan desigual, podría suponerse que el honor era exclusivo de la nobleza. Pues no. Ya se cuidaban los autores en sus dramas y comedias de reconocer el honor de los plebeyos y contraponerlo al honor de los poderosos. Valentía como soldado, lealtad al rey, fidelidad en la esposa, virginidad en la doncella eran otros valores dominantes. La traición a estos valores llevaba al deshonor, a la deshonra. En el Japón superindustrializado, algún magnate de la economía que delinque o fracasa en su gestión, o un político que se corrompe, se abre el vientre mediante la práctica del harakiri como opción preferible a vivir con deshonor. ¡Pero esto es cosa de japoneses!

Es lógico que la actual crisis del mundo desarrollado sea más aguda y visible en la sociedad española que en el resto de la Europa occidental. España vivió la tragedia de la guerra civil —más traumática que la guerra europea—, y a continuación casi se detuvo en el tiempo mientras otros países persistían en un proceso de cambio que venía de lejos. Tras el final de un período de casi medio siglo, la sociedad española estrena régimen, inaugura Constitución, disfruta de libertad de expresión, separa la Iglesia del Estado, establece el jurado, legaliza el divorcio y el aborto, se afianza en el desarrollo económico, establece lazos de tú a tú con una Europa a la que hasta entonces unos iban como emigrantes y otros venían de turistas. ¿Puede permanecer inalterado un sistema de valores cuando se producen casi de la noche a la mañana tantas innovaciones? ¿No suponen los grandes cambios, en sí mismos, una inversión en la escala de valores?

España comparte hoy con Europa casi todo. En algunos aspectos, va por delante en los cambios, o así le parece a los más viejos. En cualquier caso, el análisis puede ser común, pues España ya no es diferente ni somos la reserva de nada que no tengan los demás. Pero entre nosotros han sido muchas las innovaciones en menos de una generación. Algunas son avances indiscutibles. Otras dependen de su aplicación. Algunas chocan con los principios y valores de una parte de la población, algo inevitable en una sociedad plural bajo un régimen de libertades. Pero una sociedad no puede vivir sin unos valores bien definidos y compartidos en lo sustancial.

Tenían los aztecas de México en su vocabulario una palabra con la que los hombres sabios que sobrevivieron a la tragedia de la conquista española expresaban su estado de ánimo: *nepantla*. Significaban con este término la sensación de estar en medio, en el vacío, habiendo perdido la fe en unos dioses derrotados sin haber entendido ni asimilado las nuevas creencias, los nuevos valores. Los sociólogos y los psicólogos hablan de *anomia*.

En España estamos aún en plena crisis o en una encrucijada. No sólo la increencia se ha puesto de moda, y de ella se hace alarde, sino que el lugar de los valores religiosos no lo ocupan otros valores muy dignos, como la moral y la ética sin más. Se diría que los valores máximos y más compartidos son la **calidad de vida** y el **bienestar**, que se parecen pero no son una misma cosa. El bienestar tiene una dimensión más social, hasta el punto de servir a los políticos como símbolo o señuelo de una forma de Estado. Bienestar es “estar bien”, y aquí la lengua española tiene la ventaja sobre otras de distinguir entre “ser” y “estar”, dejando claro que el significado de este superior objetivo o valor es el “bien-estar” y no tanto el “bien-ser”, término este último que ni siquiera figura en el diccionario.

Por su parte, la calidad de vida es más personal, más egoísta. En medio del mal-estar general es posible gozar de calidad de vida cuando se tiene salud, fortuna o buenos ingresos, cuando se pueden elegir el trabajo, una región con buen clima, un barrio limpio y seguro, un buen colegio para los hijos. Aunque invirtiendo el significado original del término haya que vivir en un “gueto”, lejos y apartado de los pobres, los marginados, los drogadictos y otros enfermos, los violentos, los inmigrantes. Es decir, lejos y apartados de los que habitan en los quistes cancerosos de nuestras ciudades. En definitiva, lo que muchos entienden como calidad de vida es cuestión de dinero. Y para muchos, consumir sin límite se convierte en un fin, en un valor supremo.

¿Qué significa “calidad de vida” para cada uno de nosotros? ¿Cuánto estamos dispuestos a pagar por una gran calidad de vida? ¿De cuántas cosas estamos dispuestos a prescindir a cambio de este valor legítimo?

Este examen personal puede hacerse también desde la sociedad. Los andaluces (más aún los sevillanos) estamos tan con-

vencidos de nuestra superior calidad de vida que este valor se convierte en opio o freno de otras aspiraciones. Somos víctimas de nuestro narcisismo hasta dejarnos engañar por la adulación y la aparente envidia de los de fuera. ¿No estaremos empequeñeciendo nuestra medida de calidad de vida cuando la ciframos en el buen clima, en nuestras fiestas populares, en el bien saber comer y beber, en nuestra alegría de vivir y convivir, sobre todo en la calle? ¡Cuántas carencias se tapan, nunca del todo, bajo el manto ilusorio y fugaz de un carnaval, de una Semana Santa, de una feria, de un Rocío!

Con frecuencia, se renuncia a la búsqueda o a la aceptación de un mejor empleo o de un ascenso fuera de nuestras fronteras locales o regionales porque, “Como aquí, no se vive en ninguna parte”. Actuamos como si buen clima, playas cercanas, fiestas populares... fueran suficientes e incompatibles con mejor sanidad, mejor educación, más bibliotecas, mejores carreteras, ciudades más limpias y seguras, más empleo y menos subsidios, más inversiones públicas y privadas, más riesgo empresarial.

¿No estaremos creando dentro de Europa —a cuya cola estamos en casi todos los índices de bienestar y calidad— una región donde cada día son menos los que disfrutan de una verdadera y equilibrada calidad de vida? Solapadamente, nos imponen y aceptamos que Andalucía y Sevilla no sean más que economías de servicio, con el riesgo, cada vez más cierto, de convertirnos en servidores o siervos de una Europa rica a la que cada día le cuesta menos dinero y menos tiempo (avión y Ave) gozar de esa calidad de vida que tanto nos encandila y nosotros cantamos a los cuatro vientos por el barato procedimiento del pregón.

\* \* \*

Tras este excursio, más bien incursión en nuestro pequeño mundo, volvamos a la gran geografía. Hay otros valores en crisis, entre ellos la autoridad. En el pasado siglo, y por muchos años, hubo en España un Estado con más poder que autoridad. Hoy flaquean uno y otra. La falta de autoridad es también evidente en la familia y en la escuela. De la gerontocracia o gobierno de los ancianos, tan frecuente en las antiguas culturas, se ha pasado a la marginación, cuando no al olvido y al desprecio de

los mayores. La sabiduría ya no está en la experiencia de la edad, sino en el televisor y el ordenador, que los torpes viejos no saben manejar. De “No te irás a la cama ningún día sin aprender algo nuevo”, se ha pasado a “No sirve hoy lo que aprendiste ayer”. Porque el progreso tecnológico ha superado al valor de lo más específicamente humano como son, por ejemplo, la amistad desinteresada, la relación personal y no por vía electrónica, la tradición, las artes mayores y menores, y la capacidad de gozar de todo ello.

Nunca habrá acuerdo pleno sobre qué valores son superiores a otros, sobre si progresamos o retrocedemos. La respuesta supone un juicio moral que no se puede hacer desde la ciencia o la cátedra. Si se pretende un análisis crítico, sólo podemos acudir a la lógica interna del sistema, a su coherencia o incoherencia. En primer lugar, aceptemos que la cultura no puede actuar impunemente contra la naturaleza. Y la naturaleza humana se manifiesta desde sus orígenes en dos sexos o géneros.

Los indios de Arizona y Nuevo México, que los españoles llamaron “pueblos” porque la forma y disposición de sus viviendas les recordaron lo que dejaron atrás, eran y son fuertemente matrilineales. Es decir que la autoridad, la línea de descendencia, el lugar de residencia de los recién casados, y todas las propiedades de la familia corresponden a las mujeres, representadas por la abuela. El hombre no es nadie en la casa de su esposa, y si hay divorcio o repudio no tiene más camino que el de la vuelta a la casa de su madre, dejando atrás todo, incluidos los hijos. La cultura, sin embargo, llena en esta sociedad el vacío del padre por medio de otra institución cultural, como es el avunculado. En otras palabras, el papel psicológicamente necesario del varón en la familia le corresponde a un tío materno, a un hermano de la madre, que a todos los efectos ejerce de padre. Y de este caso, que no es único, que cada cual saque sus conclusiones.

\* \* \*

Los valores, que son la esencia de una tradición centenaria, se enfrentan hoy a fórmulas demoledoras tan simples como eficaces. Bajo el principio de “lo políticamente correcto”, se admiten muchas cosas y se disimulan otras hasta hacer tambalear la

escala. Del ideal de *progreso*, consagrado por los filósofos de la Ilustración, se ha descendido a la vulgaridad de lo "progre". Hay demasiados silencios cómplices en medio de la barahúnda de los medios de comunicación, porque no es políticamente correcto denunciar ciertas cosas o defender otras. Nunca se ha cumplido más a raja tabla el principio evangélico de "El que esté libre de culpa que tire la primera piedra". Y al mismo tiempo, desde las posiciones del *progre* se pontifica, se hace burla, se descalifica, se esgrimen argumentos científicos de los cuales ni siquiera están todavía seguros los propios científicos, siempre más cautos y objetivos.

La hipocresía o la frivolidad desvirtúan o traicionan valores tan ciertos como la solidaridad. Decía José María Pemán en uno de sus artículos de prensa que "Sentimos más la muerte del perro en casa que la del vecino en el piso de arriba". La solidaridad, movida por los medios de comunicación, los patrocinadores comerciales y los "famosos", se vuelca sobre otros continentes cuando ocurre una catástrofe. Pero ¿qué hacemos a diario con el más próximo? Se acepta la carga de sacar al perrito dos veces al día, pero no se dispone de unos minutos para dar conversación al enfermo o sacar de paseo al abuelito. Vivimos en la sociedad de la contradicción, la incoherencia.

La exageración es otra amenaza para los valores. La tolerancia, verdadera conquista de la sociedad, se pervierte con frecuencia porque los extremos producen efectos contrarios. Cuando todo está permitido, casi nada es posible, especialmente para el más débil. ¡Dios nos libre de la intolerancia de los tolerantes de oficio! La tolerancia, llevada a sus últimas consecuencias, parece que lo permite todo, lo justifica todo, siempre que el todo tenga la aprobación del tolerante.

Valga un ejemplo en el que de nuevo juega la distancia geográfica: máximo respeto para creencias y costumbres de otros continentes, pero ataque sistemático y burla para las creencias de la mayoría de nuestra propia sociedad. Las costumbres de pueblos exóticos, por extrañas y repugnantes que sean a nuestra sensibilidad, deben respetarse porque son parte de su cultura ancestral, mientras que algunas costumbres, fiestas y celebraciones de nuestra tradición son para los tolerantes de profesión reliquias de

un pasado bárbaro que hay que desterrar, si acaso, conservar como caparazones de cuerpos sin vida.

\* \* \*

Llegado a este punto en la redacción de mi discurso, tuve la sensación de haberme dejado ganar por la opinión de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero algo me hizo reaccionar. Me acordé de repente de un artículo que publiqué en la prensa de Sevilla hace exactamente diecisiete años con ocasión del nacimiento de mi primer nieto. ¡Ya tenía un final para mi discurso! Pero veinticuatro horas después de haber concluido la redacción —siempre el tiempo marcando nuestras vidas—, el terror tronchaba algo más que las torres gemelas de Nueva York. Volví a reflexionar sobre las miserias de la condición humana, sobre la violencia, el fanatismo asesino, las matanzas dentro de nuestra especie ... A pesar de todo, decidí no tocar ni una línea de mi texto, pues como dijo Pascal, “El corazón tiene razones que la razón no entiende”. Sólo añadí algunos párrafos del artículo que escribí cuando era más joven y más cuerdo:

“Pasan los años y de pronto uno se da cuenta de que por mucho que viva ya no puede ser tanto como lo que ha vivido. (...) Cuando uno acaba de iniciar esa etapa de la vida, y empieza a notar el sabor agridulce de la plena madurez —que está tan lejos de la juventud como de la ancianidad—, uno se vuelve de repente ilusionado, comprometido, rebelde y combativo como si tuviera otra vez veinte años”.

“¿Qué ha pasado para que esta transformación íntima se produzca de la noche a la mañana? (...) No hay nada de mágico ni extraordinario, sino que todo es obra de nuestra madre Naturaleza o del buen Padre Dios. Simplemente, he sido abuelo por primera vez. Y en el momento en que todos hemos corrido un puesto en el escalafón familiar, yo no me he sentido más viejo, sino todo lo contrario. Porque la vida vuelve a tener para mí significados de juventud; porque ahora me importa un mundo que no conoceré, pero que me ilusiona y me duele como si fuera mi mundo. Porque mi nieto Ignacio me ha dicho sin decírmelo —pues él y yo nos entendemos— que quiere vivir; que quiere descubrir los mil misterios de la vida y hasta tener el derecho de

arrepentirse un día de haber venido a este mundo. Mi nieto me ha dicho a través de unas ganas enormes de vivir, que él expresa cuando mama con ansias del pecho de su madre, que el mundo no está acabado ni acabándose; que eso es cosa de viejos egoístas que piensan que el mundo son ellos y termina con ellos; que él tiene una vida por delante y muchos caminos que desea explorar de la mano de los millones de niños que han nacido en los mismos días que él”.

“Y yo he tenido que decirle que sí, porque matar la ilusión de los que ahora nacen es peor que matarlos a ellos mismos. No le puedo prometer un mundo sin guerra, sin penas ni enfermedades. Pero al menos lucharé codo con codo con otros abuelos para que los niños como Nacho —los que tendrán quince años en el año 2000— vivan en un mundo organizado a escala humana sin renunciar a los cambios y progresos que el hombre produce con su inteligencia. Un mundo donde la droga ya no sea el arma cobarde y mortal que el hombre ha inventado contra el hombre; un mundo que esté servido por ordenadores, pero que no convierta a los hombres en robots”.

“Y en mi renacida ilusión yo siento ahora muchos deseos de juventud que no son imposibles ni costosos. Aunque no he visto nunca una ballena, quiero que mi nieto viva con la ilusión —como yo la he tenido— de ver un día una ballena de verdad, porque los hombres no las habrán exterminado para entonces. Y si puede y quiere ir a la luna, que vaya; pero que pueda también penetrar en el bosque y ver saltar a los cervatillos o trepar las ardillas. Que cuando aparte los ojos del ordenador o del vídeo, pueda coger en sus manos un libro de cuentos, las viejas novelas de Julio Verne, las obras entrañables de Delibes o las buenas, aunque malsonantes, novelas de Cela, porque el libro no habrá sido sustituido por la electrónica. Quiero que pueda pasear por las calles y jugar con sus amigos en alguna plaza; quiero que pueda gozar de la hermosura del universo al contemplar las estrellas en una noche sin contaminación, o jugar con las conchas que ruedan en las arenas limpias de una playa”.

“Quiero que ciertos experimentos educativos no malogren ni anticipen lo que tiene su ritmo natural; que los frustrados, agrios y desilusionados no contagien su enfermedad —tal vez involun-